

Felipe siendo aún mozo. Y por lo que toca al que arriba se acaba de apuntar, aparece ya indicado en las historias del siglo XVI. El historiador citado Luis Cabrera de Córdoba, al referir cómo D. Felipe no vió con buenos ojos casarse con la hija del rey de Francia, según se le proponía, escribe que anteponiendo en amor á la Infanta portuguesa, quería además que á su tiempo casase la Infanta Doña Juana su hermana (niña entonces) con su primo el Príncipe de Portugal, *asegurando la sucesión y confirmando la unión* <sup>1</sup>.

Al año siguiente de efectuado el matrimonio, 1544, que tantas esperanzas y gratísimos augurios ofrecía para la vida de la verdad y muerte de las herejías, parió la Princesa en Valladolid un hijo, el desdichado Príncipe D. Carlos. Dió alegría en sumo grado á la nación aquel nacimiento, pero la entristeció y cubrió de luto la muerte prematura de la cristianísima Princesa, dejando á su esposo D. Felipe envuelto en dolor y pensamientos profundos sobre la nada de las cosas y planes de los hombres <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Luis Cabrera: *Historia de D. Felipe II*, lib. 1.º, cap. II, pág. 8.

<sup>2</sup> Si merecen asenso antiguas y modernas relaciones, será preciso creer que esta muerte tan sentida y llorada, como prematura, acaeció por causa de un antojo de la augusta señora recién parida. «La princesa pidió un limón, fruta que apetecía mucho, y las damas que, como niñas, tenían poca experiencia del daño que podía ocasionar este antojo, se le dieron luego y ella le comió con mucho gusto; pero á breve rato sintió ponzoña la golosina, y tan eficaz, que sin aprovechar remedio alguno espiró á la violencia del dolor. Publicóse la repentina muerte, y con ella la justísima causa de las lágrimas y tristeza universal, pues considerando su florida edad, que aún no llegaba á 18 años, su hermosura la más perfecta que se conocía en España, su virtud y su discreción tan grandes como su belleza, y la experiencia de su fecundidad, no se daría circunstancia que no fuese incentivo de la pena.» Mariana. Continuación de su *Historia* por José Medrano, pág. 448.



## CAPÍTULO IV.

### SUS VIAJES.

#### I.

**A**NDA escrito en letras de molde ya desde el siglo XVI, que el prudente D. Felipe, encogido y por su carácter apocado, desconoció de todo punto las costumbres y civilización de los pueblos europeos. Sus viajes, al decir de cómicas relaciones, se redujeron «á caminar en posta de Madrid al Escorial; del Escorial al Pardo; del Pardo á la villa de Aranjuez, y de este Real Sitio á la capital del reino» <sup>1</sup>. Con lo cual quieren y suelen señalar los enemigos fieros en el ánimo del Príncipe, cierta rusticidad que le salía al rostro, ferocidad en sus acciones, falta de tratar gentes, y como natural consecuencia, la pequeñez y pobreza de todos sus pensamientos. Quien así habla ignora por completo que D. Felipe II, muerta su primera esposa, emprendió viaje larguísimo por el centro de Europa de que sacó grande provecho para el espíritu. Y no marchaba volando, como ahora sucede, empaquetado en un wagón, sin hacerse cargo de las costumbres, grandezas y monumentos de los pueblos; sinó que regiamente, seguido y acompañado de

<sup>1</sup> Dícese que ésto escribió primero que nadie, burlándose de su padre, el Príncipe D. Carlos en un libro en blanco, al que puso el titulo de *Los viajes del Rey D. Felipe II*. De ello hacen mérito los embajadores venecianos de aquel tiempo. ¿Mas no será todo ésto quizá invención escarnecedora del despedido Antonio Pérez?

su capilla, de los grandes de su casa y de la caballeriza, iba reposando en los pueblos principales de la carrera.

Con solemnidad y contento admiró la ciudad de Barcelona, que le enseñó muy minuciosamente el virey D. Juan Fernández Manrique, marqués de Aguilar <sup>1</sup>. Entró en Gerona, como Príncipe de ella, bajo palio, con la pompa y aparato digno de su real persona. Y fué atravesando el condado entero de Ampurias, hasta llegar al puerto memorable y antiquísimo de Rosas, donde le esperaban cincuenta y ocho galeras con muchos navíos de gran magnitud, mandados por Andrea Doria, de feliz recuerdo y canas venerandas nacidas en prestar servicios indecibles á la corona de España <sup>2</sup>. Refiere Cabrera que cuando el célebre marino vió á D. Felipe, se puso á ponderar tanta majestad y lindeza, y arrodillado en su acatamiento, con amoroso afecto, como á sucesor en tan gran imperio y nuevo defensor de la Iglesia, puestos los ojos en el cielo dijo: *Nunc dimittis servum tuum Domine, quia viderunt oculi mei salutare tuum*. Lo cual manifiesta el concepto altísimo que del Príncipe español tenían las gentes de tierra propia y extraña, y el prestigio de que gozaba hasta entre los capitanes más famosos de aquellos tiempos <sup>3</sup>.

Vistas con sus propios ojos las fortalezas de Perpiñán y otras plazas limítrofes de Francia, acomodadas las gentes, caballos y recámaras de los muchos y grandes señores que le se-

<sup>1</sup> Cabrera: lib. 1.º, cap. III: *D. Felipe II, Rey de España*.

<sup>2</sup> «De Zaragoza fué derecho á Nuestra Señora de Monserrate... aquí se detuvo otro día, confesó y comulgó, que fué siempre este Príncipe devotísimo de esta imagen... A 13 de Octubre bajó el Príncipe de Monserrate y fué á Barcelona... De allí pasó á Girona, entró con pompa y aparato real... A 19 de Octubre entró en Castellón de Ampurias... Aquí estaban infinitos caballeros esperando para embarcarse y acompañar al Príncipe.» Sandoval: *Historia de Carlos V*, tomo VIII, pág. 283. Madrid, 1847.

<sup>3</sup> Cabrera: lugares citados. Nameche en su celebrada obra *Cours d'Histoire nationale*, vol. XII, chap. XII, dice que este viaje hizo el Príncipe llamado de su padre desde Bruselas, cuando se hallaba presidiendo Cortes en Monzón, sucediéndole su primo y cuñado en el gobierno, Maximiliano, que casó en seguida con su hermana y fué después la emperatriz María.

guían, sin temer los riesgos del mar, embarcóse D. Felipe en aquella real armada; la cual dirigió sus proas desde luego á los países de Italia. Tomó tierra en Savona, ciudad antigua del Genovesado, acudiendo allí, para recibirle con todo homenaje, Cardenales, Príncipes, Gobernadores, Duques y demás poderosos de aquellas regiones <sup>1</sup>. De allí pasó á Génova, tomó alojamiento en el magnífico y muy célebre palacio del Príncipe Doria, donde la Señoría prepotente le ofreció poderes y voluntad. Estaban presentes los Cardenales Cibo y Doria, el Arzobispo de Matera Nuncio del Papa Paulo III, los embajadores de Nápoles y Sicilia, D. Francisco de Médicis, hijo del Duque de Florencia, y otros muchos potentados y señores de aquella república. Quince días empleó D. Felipe en contemplar y admirar los monumentos grandiosos y remotísimos de Génova, ciudad famosa en todos los siglos y redondez de la tierra. Pasado algún tiempo entró en Milán, que se mostró llena de arcos triunfales, ingenios, artes, magnificencia y mil preparativos dispuestos para recibirle. Hizo su entrada solemnísima debajo de palio rico y primoroso, con el *Cardenal de Trento á la derecha y el Duque de Saboya á la siniestra*. En Mantua, en varias poblaciones célebres de los estados de Venecia, en Namur y en cien otras regiones por do pasaba, era vitoreado el Príncipe español, admirado, recibido con fiestas y regocijos indescriptibles <sup>2</sup>.

Tome ahora la palabra el historiador Cabrera para que por sí mismo imponga silencio á los enemigos fieros y mansos de D. Felipe, demostrando cómo el augusto Príncipe conoció y

<sup>1</sup> D. Francisco de Bobadilla y de Mendoza, Cardenal Obispo de Coria; D. Ferrante Gonzaga, Príncipe de Molfeta y Duque de Ariano, gobernador del estado de Milán y Capitán General en Italia; D. Luis de Leiva, Príncipe de Ascoli; el duque de Ferrara D. Francisco Deste, y otros muchos que refieren los autores, se distinguieron en demostrar al Príncipe D. Felipe afecto y reverencia.

<sup>2</sup> Cabrera: *D. Felipe II Rey de España*. Lib. 1.º, cap. II. Estando en Génova D. Felipe recibió á Octavio Farnesio, sobrino y enviado de Paulo III, quien le mandó además una espada bendita y un sombrero de ceremonia, «esperando, le decía, tener en él un día, al verdadero campeón de la Iglesia.» Nameche: pág. 25.

y estudió el sér científico, monumental y artístico de los pueblos de Europa, no en mapas y libros solamente, sinó visitándolos y palpando sus grandezas, costumbres, adelantos y magnificencias.

«El recibimiento de Bruselas, dice el escritor madrileño, donde estaba el Emperador, fué tan grande, que gastando lo más del día, entró en palacio de noche, y fué saludado de sus tías María, Reina viuda de Hungría, y Leonor de Francia con gran amor y contento..... Alentóse el César viéndole, y lo mostraron el alegría, aspecto y salud que le faltaban. Eran las fiestas de todas las ciudades maravillosas, y las esforzaba el Príncipe con admirables sucesos, varios y apacibles»<sup>1</sup>. Las simpatías, amor y entusiasmo que tantas gentes y países le demostraron, denotan muy á las claras que D. Felipe II no fué sólo conquistador de pueblos y regiones, sinó muy principalmente de ánimos y voluntades, que se le iban rindiendo luego que le miraban y conocían<sup>2</sup>.

A pesar de todo lo cual siguen repitiendo algunos desconocedores de la figura y gallardía de tan gran Príncipe, que no conoció más armas ni más manejo de ellas, sinó la pluma y el rosario, que ponían en sus manos el fanatismo y la pequeñez de su espíritu. En cuyo juzgar y pensar no hay ni sombra de exactitud. Porque conocidos son de quienes leen historias bien escritas las disposiciones excelentes y los bríos varoniles de D. Felipe en romper lanzas y vencer caballeros en juegos públicos de mucho compromiso.

«En una fiesta, continúa Cabrera, que se hizo en la plaza de Bruselas, combatió con el conde de Manzfelt, aleman y soldado de gran nombre. *Bizarramente rompió sus lanzas*, y de la de las damas el notable encuentro arrojó los trozos muy en alto con vocerío del pueblo, regocijo del Emperador y de las reinas,

<sup>1</sup> Cabrera: libro y capítulo citados, pág. 15.

<sup>2</sup> «Sólo digo que no se qué príncipe del mundo, ni qué emperadores romanos jamás gozaron de tantas fiestas ni triunfos como los que se hicieron al príncipe en esta jornada por toda Italia y en lo que toca de Alemania y Flandes.» Sandoval, tomo VIII, pág. 284 de su *Historia de Carlos V.*

viendo al hijo tan buen caballero»<sup>1</sup>. «Ni se detuvo aquí la maestría y esfuerzo del Príncipe, señalándose como muy diestro en el manejo y conocimiento de las armas, sinó que también habida otra justa allí mismo en 1550, *ganó el precio rompiendo sus lanzas con gallardía y destreza*»<sup>2</sup>, y añade Cabrera que «agradados de valor y majestad estaban con razón su padre y sus tías, y los vasallos gozosos».

Con estos hechos y testimonios queda declarado suficientemente cómo el Príncipe sabía, con efecto, rezar rosarios y dar á Dios lo que es de Dios; pero esto sin desatender el conocimiento teórico y práctico del arte de romper lanzas y manejar armas. No hay, pues, para qué seguir los pasos y acciones memorables del Príncipe en su viaje, estudio y expedición por las ciudades y naciones del centro de Europa.

Interminable sería quien llevase al lector en pos de todas sus huellas, mas no se ha omitir, porque importa mucho, que el Emperador, viendo á su hijo tornar á estos reinos, le dió facultades nuevas y más amplias para gobernar á España y las Indias, como si fuera en Cortes generales, con autoridad soberana para hacer mercedes, proveer oficios, dignidades, tratar paces y treguas sin limitación<sup>3</sup>. Lo cual se apunta solamente con la autoridad de Cabrera y otros autores de peso, para que no se tome al pié de la letra, ni se crea como dogma de fe católica aquello de Miguel Soriano y otros embajadores venecianos, cuando escriben y cuentan, por simples referencias, que D. Felipe en este viaje se mostró duro, demasiado grave y severo con los naturales de aquellos países hasta el punto de

<sup>1</sup> El *Viaje del Príncipe* por Estella Calvete; de sus notables cosas. Cabrera, en la pág. 15, libro y capítulos citados de la *Historia de D. Felipe II.*

<sup>2</sup> Véase el libro curiosísimo de Calvete escrito con erudición, verdad y elegancia, *Viaje del Príncipe.*

<sup>3</sup> Cabrera: pág. 15 de su *Historia*, libro y capítulo citados. Se sabe hoy muy bien, y lo asegura Marino Caballo en su *Relación*, que estando en Bruselas amaestraba el Emperador al Príncipe, gallardísimo, de 23 abril, por espacio de dos ó tres horas diarias en los negocios más arduos y difíciles inculcándole mucho el amor á la justicia y al arte del bien gobernar. Nameche, pág. 29.

dar motivo á grandes murmuraciones y descontentos, y verse obligado su padre el Emperador á reprenderle en debida forma como á hijo y como á Príncipe. No se compadecen bien, efectivamente, estas pretendidas inconveniencias y falta de trato social en D. Felipe, con la autoridad total y suma de hacer mercedes y proveer oficios que de nuevo le confiere su augusto padre el César invicto <sup>1</sup>.

## II.

## VIAJE Á INGLATERRA.

A un hallazgo feliz de persona muy amiga de conocer archivos y bibliotecas, se debe el haber á las manos el libro interesante de Andrés Muñoz, intitulado *Viaje de Felipe II á Inglaterra*, impreso por primera vez en Zaragoza, año de 1554, con las relaciones varias relativas al mismo suceso. El ejemplar topado por el diligente Zarco del Valle, fué dado á luz por la sociedad de bibliófilos españoles en Madrid año de 1877 <sup>2</sup>. Estos literatos ó bibliófilos de España, habido el libro de Andrés Muñoz,

<sup>1</sup> Relationi dal clarissimo M. Michele Soriano, Ambasciatore ritornato da Filippo Re di Spagna. Copia del Cardenal Zelada: al principio. Biblioteca de manuscritos del Cabildo de Toledo. Véase en la historia de Carlos V, por Sandoval, tom. II. pág. 474 y siguientes la célebre carta del Emperador fechada en Augsburgo á su hijo instruyéndole sobre la política y el gobierno que debería de seguir así en lo interior como en el exterior de la monarquía.

<sup>2</sup> Léanse con precaución los aditamentos, prólogo y notas de la edición esmerada del libro de Muñoz á que se refiere el texto de este capítulo. El título completo que muestra la primera edición de Zaragoza 1554, es como sigue: «Sumario y verdadera relación del buen viaje que el invictísimo Príncipe de las Españas D. Felipe hizo á Inglaterra, y recibimiento en Vicesre, donde casó y salió para Lóndres, en el cual se contienen grandes y maravillosas cosas que en este tiempo pasaron. Dedicado á la ilustrísima Señora Doña Luisa Enriquez Giron, Condesa de Benavente, por Andrés Muñoz, criado del Serenísimo Infante D. Carlos nuestro Señor.»

estimáronle documento interesantísimo, de tan grande precio, que resolvieron entregarlo como nueva luz histórica, al dominio del público. Sirva, pues, esta antigua relación de guía y timonel en el narrar brevemente lo que más conviene á mi propósito, sobre la ida de D. Felipe á la Gran Bretaña. El fin muy santo y objeto capital del viaje; sus circunstancias y peripecias; los hechos prudentes y acertados del Príncipe español; su mucha sabiduría; la manera de haberse entre los ingleses, fieros y emponzoñados entonces con cisma y herejías; el acompañamiento, en fin, magnífico y nobilísimo que formaba la corte del mismo D. Felipe, sirven aquí en gran modo para dar por sí solos verdadera idea de las prendas y cualidades excelentes que adornaban la augusta persona del Príncipe de España.

Corría ya muy avanzado el año 1553 cuando entró en Valladolid D. Diego de Acebedo con despachos secretos y muy importantes del Emperador D. Carlos V para su hijo el Príncipe D. Felipe <sup>1</sup>. Venía encerrada en ellos la salvación del reino de Inglaterra. Mas para lograrla era menester que el Príncipe español quisiese contraer matrimonio con la Reina María, nieta por línea materna de los Reyes Católicos de España D. Fernando y Doña Isabel, y sucesora en el trono británico por muerte de su hermano Eduardo IV. Constituído ángel tutelar y consejero de aquella Reina el famoso Cardenal Reginaldo Polo, amantísimo de santa independencia y libertad apostólica, quedó anulado el título de la iglesia anglicana, usurpación de Enrique VIII en pró de su corona. Echáronse fuera del reino muchas semillas de herejías y perturbación, y quedó propuesto y admitido el casamiento de la Reina con el Príncipe D. Felipe. En lo cual, y no sin razón, cifraban sus esperanzas de redimir nuevamente el reino británico, esclavizado por el cisma y la revolución, el Papa, el Emperador, el mismo Cardenal

<sup>1</sup> Es el mismo Acebedo que siguió al Emperador en varias jornadas, hallóse en el socorro de Viena año 1532, y fué mayordomo de D. Felipe II en sus viajes á Flandes é Inglaterra. Tuvo además el cargo de tesorero general de Aragón y el de Embajador en Roma, y acabó sus días en Valladolid, año 1559.

Polo y todos los buenos hijos de la Isla que no habían renegado de la Iglesia católica <sup>1</sup>.

El Príncipe de España se hallaba en aquel mes de Setiembre, no en el rincón de algún convento, «pasando la vida, como dirían sus enemigos, entre frailes y exorcismos», sinó en honesta cacería y divertimientos lícitos, dignos de su real persona, en los bosques de Aranjuez. Allí le fué á encontrar el enviado imperial; allí le dió los pliegos que traía; allí, en fin, se examinó el plan cristiano y grandioso del Papa y del César, con los bienes generales que tal matrimonio debería reportar á las naciones de Europa. De ello se penetró al instante don Felipe, y en viendo que se trataba mediante aquel concierto, de tornar un reino entero á la fe de Cristo, pasó por todo. Pesó lo difícil de la empresa, sí, pero admitió el tomar por mujer, sin reparar en la diferencia de edad, ni en hermosura, á la Reina María de la Gran Bretaña. Los nobles y caballeros que estaban con él entonces, y casi todos los grandes de España más tarde, se ofrecieron y aparejaron cada uno á seguirle en su servicio como á «Príncipe y Señor, dice Muñoz, digno y merecedor de servirle por tierra y mar *por sus grandes virtudes y altezas*, y no sólo ellos, mas todas las naciones del mundo, á quien con justa razón y título se le debe dominio y subjeción» <sup>2</sup>. De cuyos ofrecimientos y espontáneo vasallaje de caballeros nobles y señores tan principales del reino, ha de sacar el lector fácilmente cuán altísimo prestigio y qué reputación tan arraigada no tendría el Príncipe español en los ánimos de aquellos poderosos á quienes de ordinario nada es capaz de rendir, sinó virtudes y saber.

Acaeció entonces que varios criados de D. Felipe representaron en exposiciones al efecto, cómo estaban inclinados y dis-

<sup>1</sup> Véase Cabrera: cap. IV, libro 1.º de la *Historia de Felipe II*.

Dice Prescott refiriéndose al Embajador Micheli, entonces en Londres, que los ingleses creían á la sazón en materias de fe lo que el Rey creía y quería; que el cristianismo, islamismo y judaísmo era cosa igual para ellos sí lo era para el Monarca. Exagerado sin embargo, es el cuadro del representante veneciano.

<sup>2</sup> *Viaje de Felipe II á Inglaterra*, por Andrés Muñoz: pág. 3. Madrid, 1877.

puestos á seguirle hasta la muerte; pero que siendo cortos sus haberes para resistir el viaje, «les hiciese merced de les conceder alguna ayuda de costa por la antigua usanza que entre los Reyes y Príncipes en semejantes casos suelen mandar proveer. A ésto por S. A. les fué respondido como en todo poderoso y piadoso, que así lo haría.» Seguidamente ordenó el mismo Príncipe al Duque de Alba, su Mayordomo mayor, saber de cuantos formaban el servicio de su Real casa, «que si alguno quisiese se quedase, sin le hacer premia, ni compelelle á que fuese, y se le daría su partido en su casa como así lo tenían. Los de su Real cámara y gentiles hombres de boca se ofrecieron á ir y morir en su servicio; lo cual agradeciéndolo mucho el Príncipe, les mandó dar grandes ayudas de costa y los envió á sus casas para que se apercebieran y proveyeran de lo que necesitaban y les convenía para la jornada. Y á los mayordomos, caballeros, contadores y demás criados del Príncipe, manifestó el Duque de Alba que quien diese justa causa para no poder ir, se quedase y se le daría su partido en casa. Los cuales respondieron que humildemente besaban las manos de S. A. y que todos estaban prestos y aparejados de ir y morir en su real servicio como siempre lo habían hecho, especialmente en la jornada de Alemania y Flandes, que á S. A. se le ofreció <sup>1</sup>.»

La simple narración de estos hechos grita y declara en tono muy alto, que el generoso Príncipe estaba tan lejos de ser cruel, tacaño, encogido é intratable con sus vasallos, como el día de la noche. Porque si tal hubiera sido no tuviera aquellas gentes altas y bajas, nobles y plebeyas, tan rendidas y dispuestas á servirle hasta morir en su seguimiento. Este mismo parecer confirma también el mismo Muñoz, cuando escribe, que habiendo el Duque de Alba declarado al Príncipe las respues-

<sup>1</sup> Muñoz, en su *Viaje de Felipe II*, pág. 5.

El citado Micheli habla de Londres entonces como de una de las más hermosas capitales de Europa: y de la Reina María dice: «E donna di statura picciola, piu presta che mediocre... E ben formata di faccia, per quel che mostrano le fatezze... quando era piu giovane, non pur tenuta honesta ma piu che mediocremente bella.»

tas de sus servidores y caballeros, se holgó S. A. muy mucho, agradeciéndoles su buen comedimiento y deseo. Y á todos «mandó proveer de ayuda de costa: á unos acrecentando el partido, á otros mejorando de oficios, y á otros dando grandes favores como valeroso Príncipe, en quien está toda la liberalidad del mundo para dar y rescibir <sup>1</sup>.» Callen, pues, los detractores de D. Felipe, y llámenle con los antiguos Príncipe pío, espléndido, amigo de pobres, magnánimo, «al cual, en quien todas las virtudes concurren, su Divina Majestad guarde y dé victoria contra los enemigos de nuestra Santa Fe Católica y le tenga de su mano para remedio y abrigo de nuestra España <sup>2</sup>.»

## III.

## DON FELIPE EN INGLATERRA.

Quede para más holgada pluma que la mía el describir las fiestas lucidísimas que el conde y la villa de Benavente hicieron al Príncipe cuando por allí hubo de pasar para darse á la

<sup>1</sup> Muñoz: *Viaje*. . . . , página citada.

<sup>2</sup> Muñoz: *Viaje*. . . . , página 7. No se puede olvidar la diligencia y caridad del Príncipe en mirar por los hijos é hijas de sus criados; porque entendiendo quedar algunas aún doncellas, «las mandó meter en un Monasterio y que allí se les diese todo lo que oviesen menester bien y cumplidamente, y enseñasen toda buena doctrina y crianza y lo demás que cada una quisiese deprender, como es labrar, bordar y otras cosas virtuosas y aceptas fuesen al ejercicio de las virtuosas doncellas. Y para esto señaladamente las quedó renta, sin doce mil maravedís para el alimento de cada una.» «A los criados y criadas ya viejos dió, conforme al oficio y calidad, pero por todos los días de la vida de cada uno.» «Y á los niños pequeños de diez á doce años, mandó se llevasen á Alcalá de Henares para que allí se les diese estudio, de comer y camas.» «Allende de estas tan altas y maravillosas obras, mandó dar grandes limosnas á los Monasterios de muchas partes, y á otras muchas viudas, huérfanas y pobres en tanta cantidad, que no lo sabría explicar según su real magnificencia se extendió á tanto.» (Muñoz: págs. 8, 9 y 10.) Bendiciones merece el pecho en que tales y tan altos sentimientos de largueza y caridad cristiana se encerraban.

vela en el puerto de la Coruña. No fácil sería pintar sin el natural delante aquella comitiva magnífica y admirable de grandes de España, duques, condes, marqueses, mayordomos, oficiales de cámara, gentiles hombres, caballeros, capilla, ornamentos sacros y riquísimos; la entrada indescriptible y solemnísima en la Coruña por medio de arcos triunfales, en que se leían aquellas letras hasta hoy mismo celebradas: *No basta fuerza ni maña, contra el Príncipe de España*; las grandes procesiones y cantos de religiosos y de toda la clerecía que llenaban los aires y conmovían los corazones con los ecos inimitables del *Te Deum laudamus*; el número y magnitud espantable de las naos que formaban la armada real, imponentísima, en cuyo seno había de ir de estos reinos al de Inglaterra el mismo D. Felipe; los primores y lindezas artísticas de maderas finas, sedas, tejidos de oro y plata que ostentaba la cámara en que S. A. había de dormir, y en fin, tantas y tan grandes suntuosidades como ostentaba aquella real armada y comitiva. Callando todo eso, figúrese ya el lector con el espíritu en la Gran Bretaña y contemple allí los hechos tan memorables, atinados y prudentísimos del Príncipe Filipo <sup>1</sup>.

Habiendo llegado á aquellas islas, célebres en todo tiempo, el Príncipe D. Felipe, puso gran cuidado en dar ejemplos continuos de liberalidad y cristiandad á sus habitantes, habiéndose con ellos como padre con hijos. Sin mirar para nada respe-

<sup>1</sup> No se puede pasar en silencio el cuidado de D. Felipe en llevar consigo en este viaje hombres doctísimos y llenos de santidad como consejeros y directores de su conciencia. «Los Teólogos asalariados que S. A. lleva para consejo de conciencia son los siguientes: el Obispo Lanchano; Fr. Alonso de Castro, franciscano; Fr. Bartolomé de Miranda, dominico; Fr. Juan de Fresneda, francisco; el Dr. Gurrionero, canónigo de Zamora; el Maestro de la Torre, clérigo con 600 ducados de partido. Son los que S. A. mandó recibir por unos de los buenos de Castilla, según S. A. fué informado, aunque en particular los oyó predicar; que por ser tan doctos fueron recibidos por consejo de conciencia y predicar la ley evangélica en aquellas partes.» (Muñoz: *Viaje*, pág. 29.) Tras de estos fueron otros muchos sabios cristianos, sacerdotes y frailes de todas las Ordenes que el Príncipe fué llamando al trabajo de aquella viña destrozada y tan llena de zarzas del cisma y de la herejía.